do!... (Bruscamente.) Adiós. (Se va rápidamente por la izquierda.)

ESCENA VII

ROSARITO; PEPE

ROSAR. (En la puerta de la biblioteca.) ¿Qué haré? Me dijo que en la huerta. Pero si allá está mamá con esas viejas charlatanas, insoportables... ¿Subiré á la biblioteca? No, no, me dijo que esperara.

PEPE (Por la puerta que conduce á la biblioteca.) Te sentí llegar. He engañado al buen bibliómano, diciéndole que sentía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba acostarme. El pobre señor allá se queda solo, nadando en un mar de preciosos manuscritos.

ROSAR. ¿Y de veras no te duele la cabeza?

PEPE No, no.

ROSAR. Yo creí que sí, con aquellas discusiones que no vienen á cuento.

PEPE Hija, el tal don Inocencio me enciende la sangre.

ROSAR. ¡Pobre señor, es tan bueno!

PEPE Díme, ¿es el amigo íntimo, el consejero de la familia?...

ROSAR. Sí, viene todos los días.

PEPE Dios nos tenga de su mano.

ROSAR. ¿Por qué? Me quiere mucho, y le quiero.

PEPE Entonces será forzoso que yo le quiera también. Me dijo don Cayetano que tiene una sobrina.

ROSAR. Ahora mismo salió de aquí... ¡Tan buena la pobre...!

PEPE Madre de un jovencito...

ROSAR. A quien conocerás luégo. Es gente honradísima. Los tres nos quieren con locura.

PEPE Si no entendí mal, son de origen humilde.

ROSAR. María Remedios fué criada de casa... Pero de esto hace mil años...

PEPE Y después, se han crecido...

ROSAR. Heredaron algo de un hermano de don Inocencio, que murió en la Habana, y hoy viven con holgura modesta, y son muy considerados en la ciudad.

PEPE Bien, bien, (Cogiéndola una mano y llevándosela hacia la huerta.) vámonos.

ROSAR. Ay, no puede ser allá. Mi madre y las de Cirujeda y don Inocencio andan de palique por la huerta de abajo.

PEPE (Deteniéndose.) ¡Cuidado que es desgracia la nuestra! En todo el día no hemos encontrado un ratito de soledad...

ROSAR. Ayer tarde, no te quejes, pudiste hablarme, decirme...

PEPE No hice más que desflorar mi pensamiento. Llegó tu madre, y me cortó la palabra, dejándome á media miel. Yo te decía...

ROSAR. (Ligeramente, avergonzada.) Si me acuerdo bien. No puedo olvidarlo.

PEPE Que desde que te ví, mi alma se sintió inundada de un gozo tan vivo...

ROSAR. Y yo, cuando entró mamá, iba á contestarte...

PEPE ¿Qué?

ROSAR. Que no lo creía, que no lo creo. ¿Tan pronto...? Mira, Pepe, yo soy una lugareña, yo no sé hablar más que cosas vulgares, yo no sé francés, yo no me visto con elegancia... Vaya, no seas pillo: no puedes haber sentido, al verme, ese gozo del alma... Yo, nada soy, nada valgo...

PEPE Para mí, más que el mundo entero.

ROSAR. ¡Jesús! ¡Qué chiquito es el mundo!

PEPE Junto á tí, como un grano de arena. Si me conocieras como yo creo conocerte á tí, sabrías que jamás digo si no lo que siento. Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad.

ROSAR. El de las matemáticas, como diría, burlándose, el pobrecito don Inocencio.

PEPE Y como soy todo matemáticas, voy á la exacti-

tud, y te digo: «Rosario, yo he venido aquí á casarme contigo.»

ROSAR. (Ruborizada, bajando los ojos.) ¡Pepe, qué cosas tienes!

PEPE Mira, prima querida, te juro que si no me hubieras gustado, ya me habría ido yo con mi ciencia á otra parte. Con todos los esfuerzos de la cortesía y de la delicadeza, no me habría sido posible disimular mi desengaño.

ROSAR. (Sin mirarle.) ¡Pepe, si no hace más que dos días que llegaste...!

PEPE Dos días, y ya sé todo lo que tenía que saber; sé que te quiero, que eres la mujer que desde hace mucho tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «ya viene, ya está cerca... ahí la tienes.»

ROSAR. ¡Já, já!... ¡que gracia! (Por disimular su turbación.)

PEPE Tú te empeñas en que nada vales, y eres la maravilla de la Naturaleza. Para mayor gloria tuya, ignoras tu mérito inmenso, y no ves la luz, no sientes el calor divino que proyecta tu alma sobre todo cuanto te rodea. (Con entusiasmo.) Eres mi vida nueva, y yo te quiero como un tonto.

ROSAR. ¡Primo, primo mío, por Dios! (Conmovida se deja caer en una silla, con ligero desvanecimiento.) Yo te suplico...

PEPE ¿A ver... qué me suplicas?

ROSAR. (Pausa.) Que no me digas esas cosas...

PEPE ¿Te molesta que yo te quiera?

ROSAR. (Vivamente.) No, no.

PEPE ¿Quieres que me vaya?

ROSAR. No.

PEPE ¿Que no te diga...?

ROSAR. Sí, sí: dímelo.

PEPE Si yo tuviera la suerte, la dicha inmensa de que me quisieras tú, aunque no quisieras decírmelo...

ROSAR. Te lo diría; sí, te lo diría... Pero no tan pronto; tan pronto no te lo puedo decir, Pepe. Ten formalidad...

PEPE Bueno, me lo dirás más tarde...

ROSAR. A su tiempo... dentro de muchos días. ¡Oh, ahora, ahora, no estaría bien!

PEPE Y cuando me digas eso, ¿me dirás que me quiste, como yo, desde el primer día?

ROSAR. No, antes... (Con viva espontaneidad.) Desde mucho antes de verte... Pero no; me callo... No he dicho nada todavía.

PEPE Aguardaré... Yo tengo paciencia... La ciencia es la paciencia, Rosario.

ROSAR. Es que... verás. Mamá me daba á leer las cartas de tu padre, y me gustaba tanto, tanto, leer los elogios que tu papá hacía de tí. Y yo me decía...

PEPE ¿Qué?

ROSAR. Nada.

PEPE Decías: «éste debiera ser mi marido.»

ROSAR. Si tu papá, en aquellas cartas, no decía nada de casorio. No, Pepe, no decía nada.

PEPE Pero lo decías tú.

ROSAR. Lo que yo hacía era asombrarme mucho de que tu padre no dijese nada. ¡Qué descuído!

PEPE Pero al fin lo dijo...

ROSAR. (Vivamente.) Pero esa carta no me la dió á leer mamá. Y no debía dármela... no, no... era muy pronto. Luégo, llegas tú de improviso... (Aparece doña Perfecta y don Inocencio viniendo de la huerta. Tras ellos Jacintito.)

PEPE (Se vuelve como oyendo los pasos.) Alguien viene.

ROSAR. (Asustada.) ¡Ah...! mi madre...

ESCENA VIII

DICHOS; DOÑA PERFECTA, DON INOCENCIO, JACINTITO, vestido con elegancia de pueblo, sin llegar á lo ridículo.

PERF. (Disimulando su disgusto por verlos juntos.) ¿Pero no estábais en la biblioteca con Cayetano?

PEPE Sí señora; pero cansados de admirar las hermosuras de lo pasado, nos salimos aquí, á charlar un poquito de las venideras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERF. Temprano empezáis.

INOC. Tengo el honor, señor don José, de presentarle al hijo de mi sobrina, Jacintito...

PEPE ¡Oh, tengo mucho gusto!... Ya sé que es un joven de grandísimo mérito.

JACINT. (Con modestia y cortedad.) Por Dios...

ROSAR. Sí que lo es...

PERF. ¡Vaya!

JACINT. No me avergüencen. ¿Qué soy yo en parangón de esta personalidad, de este sabio eminente?

PEPE (Riendo.) Ahora viene el incensario por acá...

INOC. Este es un pobre muchacho, aplicadillo, eso sí...

PEPE Abogado ya.

PERF. No es Jacinto de esos talentos de relumbrón que un momento fascinan, no... Es sólido, bien remachado de sanos principios.

JACINT. Siento verdadero orgullo en tratar á un hombre que viene precedido de la fama, como gloria legítima, indiscutible de la ciencia...

PEPE No me avergüencen ustedes, digo yo ahora... (Siguen hablando.)

ESCENA IX

DICHOS; CABALLUCO, DON JUAN TAFETÁN, que vienen por la casa, puerta segunda derecha.

PERF. (Adelantando á su encuentro.) ¡Oh! aquí tenemos al guapo de Orbajosa, Cristóbal Ramos... Pepe, aquí le tienes; un bruto que sabe ser héroe, hoy terror de los ladrones, perseguidor de los malos, bueno como el pan de picos, la miga blanda, la corteza dura.

INOC. Es el célebre *Caballuco* de la leyenda...

PEPE De la guerra civil, ya.

CAB. El señor ya me conoce.

PEPE Sí, nos encontramos en el camino cuando yo venía. ¡Ah! gallardísima figura la de usted á caballo... Yo dije que me parecía usted un Centauro.

CAB. ¿Y qué es eso?

INOC. Mónstruo mitológico, mitad hombre, mitad caballo.

CAB. ¡Ya!...

PEPE Y recuerdo, sí, haber oído algo de sus hazañas... como cabecilla ó guerrillero.

PERF. Hoy tienes al héroe convertido en un vulgarísimo portador del correo...

PEPE Por muchos años.

PERF. (Presentándole). Don Juan Tafetán, amigo de casa, solterón empedernido, Tenorio jubilado.

PEPE Celebro mucho...

TAFET. No haga usted caso, señor don José... ¡jí, jí! ¿Y qué? ¿Tendremos el gusto de verle aquí mucho tiempo?

PEPE Puede que sí. He venido á un asunto de familia. Además, el Gobierno me ha dado una comisión...

TAFET. ¡Ah!...

PEPE Estudiar la cuenca del Nahara, para un trazado directo entre esta ciudad y el valle de Rejones.

TAFET. Pónganos usted en comunicación con el valle de Josafat, y estaremos más en carácter... ¡jí, jí!...

CAB. Pues yo... con perdón, no venía de visita, sino por hablar con la señora...

PERF. Luégo hablaremos. Toma una copa.

CAB. (Tomando la que le sirve doña Perfecta.) El señor sobrino de la señora, á quien yo quiero como á mi madre, me tiene á sus órdenes, y si cuando se marche teme algún mal encuentro por esos caminos de Dios...

PEPE No pienso marcharme.

PERF. En el supuesto de que te marches, hombre...

JACINT. Sí, y como anda por ahí una partidilla...

CAB. Pero yendo el señor conmigo, no hay cuidado.

PEPE ¿Con que partidas...?

TAFET. No se asuste usted; es el fruto de la tierra, como los ajos, ¡jí, jí!...

PEPE Verdad que mientras no se acabe la guerra civil, no hay territorio seguro.

CAB. Buenos muchachos. No les he podido contener. Es el odio á las contribuciones, al Gobierno, á ese maldito Madrid, que no nos manda acá más que gente perdida... mejorando... Con usted no va nada.

PEPE Gracias.

PERF. Todo ha sido por la amenaza del Gobierno de mandarnos tropas, que ninguna falta nos hacen.

ROSAR. (Á don Inocencio.) ¡Qué cargante es esto de la guerra!... partidas por aquí, soldados allá.

INOC. Dios permite la guerra...

ROSAR. ¿Cuándo?

INOC. Cuando desea que los hombres amen la paz.

PEPE (Formando grupo, á la derecha, con Tafetán y Jacinto, mientras Caballuco y doña Perfecta pasan al otro lado.) En vez de andar á tiros por ahí, más cuenta les tendría labrar bien sus tierras...

JACINT. Es que Orbajosa, señor don José, es pueblo de muchísimo orgullo, de muchísimo tesón... Siempre que defendió una causa con las armas, dió mucho juego esta dichosa tierra del ajo. Y ahora parece que el Gobierno, al mandar soldaditos, la provoca, la reta...

PEPE No es reto; es precaución.

TAFET. ¡Bah! No correrá la sangre al río. (Siguen hablando.)

PERF. (A Caballuco, en el otro lado.) Harías bien en contener á esos locos que se han lanzado á los caminos.

CAB. Dejarlos... Nunca está demás enseñar los dientes al Gobierno.

PERF. (Obsequiando á Caballuco, que se ha sentado junto á la mesa de la derecha.) Toma un cigarro. ¿Quieres otra copa? (Se la sirve.)

PEPE (Contestando á algo que ha dicho Jacinto.) Amigo mío, no veo relación ninguna entre la filosofía alemana y las partidas de Orbajosa.

JACINT. Yo sí... (Con pedantería.) Y dígame, señor don José, ¿qué piensa usted del darwinismo?

PEPE (Sorprendido.) ¿Yo?... Nada. Mis estudios han sido de índole muy distinta.

INOC. (Llenando una copa.) Todo se reduce á sostener que descendemos... (Ofreciendo la copa á Pepe Rey.) Don José, una copita.

PEPE (La acepta.) Gracias. (Bebe un poco.)

PERF. (Ofreciendo á Tafetán.) Tafetán, una copita.

PEPE Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.

CAB. (Que no entiende el término.) ¿Cómo se llama eso? (Sin moverse de su asiento oye.)

TAFET. ¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡jí, jí!

JACINT. En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filosóficas, que son deplorables.

PEPE En efecto; la experimentación fundamental es asombrosa. Yo creo...

PERF. (Con sequedad, interrumpiéndole.) ¡Pepe...!

PEPE Señora.

PERF. ¡Si piensas defender esas ideas absurdas, hazlo donde yo no te oiga!

ROSAR. ¡Mamá, si no ha dicho nada!

PEPE Yo no defiendo nada. Decía...

PERF. Mira que ya tienes muy mala fama en Orbajosa.

PEPE ¡Yo... mala fama!

INOC. Nada. Es que la gente viciosa da en decir si es... ó no es.

PEPE (Quemándose un poco.) Pero, ¿qué soy?

ROSAR. (¡Qué es, Dios mío!)

PERF. (Con aparente cordialidad.) No te enfades... Ya sé yo que eres bueno, tan bueno como tu padre, y te queremos mucho. ¡Pues no es floja batalla la que he dado hace un rato en tu defensa!

PEPE ¡En mi defensa!

INOC. Lo presencié. Su tía le defendió á usted como una leona.

PEPE ¡A mí!

PERF. Nada, hombre. Que estuvieron aquí las de Cirujeda, unas señoras muy respetables...

ROSAR. (Y muy charlatanas, y muy venenosas.)

PERF. Y me dijeron que han oído decir... Nada: que si eres ó no eres incrédulo...

PEPE Pero esas señoras no me conocen... ¡Vaya con las pécoras...!

PERF. ¡Eh! no las injuries, que son muy buenas cristianas, muy comedidas, muy principales...

INOC. Dijeron mil simplezas: que usted no cree que Dios nos crió á su imagen y semejanza...

PERF. Sino que tenemos por ascendientes á los orangutanes ó á las cotorras.

PEPE ¡Yo... qué desatino!

PERF. Y que aseguras que el alma es una droga... como los papelillos de magnesia ó de ruibarbo que se venden en la botica...

ROSAR. (¡Qué iniquidad! ¡Estúpidas!)

PEPE ¡Pero esas señoras están locas! Que yo... Llévenme á su casa para decirles que las han engañado.

PERF. Cálmate... ¡Ay, sobrino, cómo te defendí...! ¡Si me hubieras oído...! Cierto que no pude convencerlas. Pero por mí no quedó... Yo sé que eres bueno, delicado, y que no has de defender aquí públicamente, lastimándome á mí y á todo el pueblo, esas abominaciones.

PEPE (Con gradual enojo.) ¡Si yo no pienso eso!... ¡Si no lo he pensado nunca!... Pero usted, tía, ¿qué idea tiene de mí...? ¡Esto ya es ofensivo, esto es deseo de molestarme!... No, tía, usted no cree...

INOC. La señora no le acusa á usted; no hace más que advertirle que, si por acaso profesase esas ideas, se guarde de manifestarlas aquí.

PERF. Justo.

CAB. Eso; que si lo piensa, se lo calle.

PEPE ¿Pero qué es esto? ¿Se han propuesto aquí volverme loco...? Claro, yo tengo mis ideas, que seguramente en algo han de discrepar de las de ustedes.

PERF. ¿Ves, ves?

ROSAR. (Muy nerviosa, á Jacinto.) Pero, tonto, Jacinto, ¿qué haces que no sales á su defensa?

JACINT. ¿Yo?... ¡Dios me libre! Ya sabrá él defenderse. (Con pedantería.) El racionalismo, hijo legítimo de la experimentación, encuentra en el arsenal de las ciencias físico naturales, armas terribles para su defensa.

INOC No está mal.

JACINT. Por eso el señor don José se cree inexpugnable en su fortaleza científica, y nos mira con lástima á los pobres romancistas que preferimos la fe á la ciencia...

PERF. Y vivimos obscuramente en la simplicidad y en el santo temor de Dios, con nuestra conciencia bien tranquila.

PEPE (Subiendo gradualmente en su enojo.) La mía también lo está.

PERF. A saber. Pero llegará día, ¡ay! en que reconozcas tus errores, y abjures de toda esa ciencia insana.

INOC. Distingamos, sí, la ciencia útil, la ciencia verdadera de la...

PEPE ¡Dale con la ciencia! (Conteniendo su ira con dificultad, próxima á estallar.) Por Dios, don Inocencio, ¿qué sabe usted lo que es la ciencia?

PERF. Mejor que tú.

PEPE ¿Y usted qué sabe?... ¡La ciencia! (Sin poder contenerse.) ¡Oh, no puedo más! (Estallando.) ¿Para qué hablan de ciencia, para qué la nombran siquiera, aquí, en esta madriguera de la superstición, del fanatismo y de la barbarie...?

PERF. ¡Jesús! (Llevándose las manos á la cabeza. Todos manifiestan asombro y miedo.)

PEPE (Con ardor.) Y no me digáis que en medio de este

salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF. (Cogiendo á Rosario y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oir esto.

PEPE (Viendo á Rosario, que aterrada, se aleja.) ¡Ah!... ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSAR. (Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE Señora... perdóneme usted.

PERF. Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CAB. Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE ¿Marcharme...? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de doña Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da á la calle, ó al jardín: al foro derecha puerta grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa. En el segundo término, el paso al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepe Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida.

Empieza el acto después de anochecer.

ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO, que entra por la derecha.

CAYET. ¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE ¡Loco!

CAYET. Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de Orbajosenses ilustres*... Seis horas se me han pasado en un soplo.

PEPE Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET. ¿Cómo?

PEPE A tiros.

CAYET. ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE ¡Qué vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral